



ABC cultural

SÁBADO, 8 DE ENERO DE 2011
 abc.es 13

VIOLENTA METÁFORA DEL PODER



TRES ATAÚDES BLANCOS

ANTONIO UNGAR

Premio Heralde
 de Novela 2010

Anagrama, Barcelona, 2010

288 páginas, 19,50 euros

★★★☆☆

Una novela es en sí misma una representación, una imagen, si no del mundo, de una propuesta imaginaria del mundo. No puede escapar a su condición simbólica por mucho que se empeñe en alejarse o acercarse al universo. Cuando el escritor nos dice que un hecho sucedió el dieciséis de junio de 1915 en Cornell Road, por ejemplo, nosotros repudiamos la concreción y nos alejamos para ver en esos datos un mero símbolo. Si la ficción, en cambio, nos habla de una mañana cualquiera y un mundo imaginario llamado, por ejemplo, Kakania, reaccionamos buscando la precisión, la correspondencia de los datos, su encarnación en la realidad.

Tres ataúdes blancos, del colombiano Antonio Ungar, adopta una postura intermedia: se vale de la segunda de las reacciones, pero explicita hacia el final de la novela que los nombres han sido disimulados con ostentosos borrones tipográficos. Por tanto, donde se habla de la República de Miranda, el lector se ve impelido a traducir el nombre imaginario por algún otro que se ajuste a los datos que se aportan o que pueden inferirse de su lectura: una nación americana, de habla hispana, asolada por las guerrillas y el ejercicio despótico del poder por un corrupto dictador que responde al metafórico nombre de Tomás Del Pito.

El destino de otro

Un comienzo espléndido nos sitúa cuando el candidato de la oposición es asesinado. La reacción de sus partidarios, esperpéntica y macabra pero, sobre todo, teatral, consistirá en suplantarle con un sosias: un hombre ajeno a la vida pú-

blica, preocupado porque su existencia se empantana. La narración de la mayor parte de la novela correrá a cargo de este pseudohéroe, pseudocandidato y pseudovíctima que para llegar a ser él mismo tiene que vivir el destino de otro.

Héroe y traidor

Este planteamiento que discurre por los primeros capítulos adopta un brillante estilo, mordazmente irónico, que va transformándose en una vertiginosa narración de violentos acontecimientos que se precipitan. Pero también en una trama de delicado amor imposible, en contrapunto al río de sangre al que se ve arrojado el protagonista. La metáfora de *Tres ataúdes blancos* no requiere la precisión de lugares y fechas exactos. El mismo narrador, jugando con los posibles significados de su ficción, menciona su vida diferenciando la mascarada en la que participa de la que llama la «real realidad», consciente de que ambos planos se interrelacionan y sus fronteras se vuelven borrosas. Son muchas las posibilidades metafísicas del confuso juego de identidades que plantea la acción, aunque no todas han sido exploradas por la novela, más interesante en su planteamiento que en su resolución.

La épica exige que los papeles del traidor y del héroe no sean intercambiables, pero cuánto más atractivo hubiera sido que lo fuesen. Ungar sugiere que el poder omnímodo no admite ambigüedades. La simbología se ve así limitada a su correspondencia con la realidad, se somete a ella como un reflejo. La verdadera perversión, ante la que sucumbimos, es la del despotismo disfrazado de razón ética.

ARTURO GARCÍA RAMOS